

la estepa florecida

Silvia Rodríguez Ares



poesía

cigarras

1

es la mano ausente
la que toca mi hombro

solíamos
pasear en primavera

el frío
-y todo lo demás-
no sé por qué
sucede

2

me alimento
del vacío de los peces

ellos vienen
a mí
como palomas
por migas de pan

no puedo
detener las manos
mis ojos
están llenos de ternura

¿cuándo fue la última vez
que alguien
visitó mis esperanzas?

los dejo
entrar
sin preguntar si ahora
es para siempre

3

salieron a pasear las dalias
y el mismo canto me acercó a tu boca

fluye el manantial de la esperanza
cuando el tallo
erguido
me responde

mi voz es la que asalta los caminos de las flores

por una rama dulce
el alma di

tus pies de pescador crecieron
en mis palmas verdes

te vi llevando el agua
de mi piel al río
y no te perseguí

los días amanecen en penumbras
mientras riego el pozo del amor
de donde brotan
las cigarras

bacante

vestida con la piel del lobo
que fecunda las magnolias
con el pelo suelto
escapo del jardín

no tengo frío
y por mi calle pasan
las piernas que le ofrecen al amor
una guarida

un rostro que adorar salvaje
junto a todas las mujeres que nacieron
con la misma luna

piel de lobo, este señor
montaña, piel de cabra

¡aullamos por la Luna en Capricornio
con la voz del dios que nos amó
en el eclipse!

bailemos
nuestra danza oscura

a cada una su porción de hierba
nos la deben

hermanas de jardines postergados
y de bosques tan feroces como el sol

cuando acuchilla el nido

del ave que yo ansiaba ser

mientras crecía

esta mujer

que siempre huye

esto no es un ditirambo

ni danzas
para estar me quedan
dice ella
el niño en su regazo llora
con un ojo es fuente
con el otro es aire

parir cuando las lobas
necesitan sangre
en el pelo seco

los hijos van llevando flores
de mi casa hasta el jardín
donde una madre siembra
en almácigos de sol
y de hojalata

doy vueltas sobre el eje de una voz
que tiene espinas
vértigo y azúcar
tropiezo en el hocico de mi perra gris
-lamento magullado
que no suelto-

aunque ellos saben

que estoy vistiendo el alma
para un festín mayor

1

está encendido el roble
y tu sonrisa pasa
de largo entre las hojas
infladas de amarillo

no he podido detener al viento
con esta sola mano
ni con mi abrigo nuevo
ni con mi boca

junto leña al borde de tu río
hierbas fragantes
y llamaradas
para mis ojos

mirar el bosque es una maldición
que no merezco

2

atizo el fuego
y aún soy transparente:

que caigan sobre mí
las lluvias del otoño
y el siroco me bautice

roja la matriz

del húmedo color

en tierra ajena

barca a la deriva

estatua de un fantasma

alucinado con volver

a ser la niña loca

en esta historia

Estirpe

Duerme el pueblo.

Padre se despierta y anda.

¿Hacia dónde

tus pasos,

hombre de los cuatro vientos?

El sur

es una promesa de aguas.

La tierra

tiene la cabeza en alto.

¿Ves,

allá en los montes,

una claridad de nieve?

Es el fuego, padre,

es el fuego.

Nacimos crepitando en las pupilas

de una roca.

La guerra

El monte.

El cielo.

Los brazos caídos.

La noche abierta es una boca sin lengua.

Dejan de sonar los pasos.

Aquí es donde viven los que mueren.

Alguien se detuvo a contemplar,

otro contará la historia.

La guerra y sus diez mil cabezas.

El monte.

La boca.

Los pasos.

Los brazos en la tierra.

Los cuerpos de nadie.

Corona

Vuelvo, padre,
las marcas del silencio te rodean.
Los broches que te aprietan
son los restos de una tarde bajo el sol,
tendido el corazón de pies y manos,
húmedo, recién lavado, con aroma
a pájaros y flor.
Cautiva la esperanza, no amanece.
Es la hora de las noches sin ningún motivo
para seguir. Una piedra choca
contra la luz de frente.
Despierto de rodillas en un patio amurallado.
Tengo doce años.
Y estoy grande para juegos.
Suelto
los broches de la soga de la infancia
y un cuerpo oscurecido cae: el tuyo
o el mío. No importa. No sé.
Nos abrazamos. El sol
es un país cercano. El aire,
una corona de sonidos.

Despedida

Un pez
-sin levantar
la mano
de la hoja-
yo dibujo
para vos
mientras espero
que regreses del trabajo.
Redondo, blanco,
con aletas
negras.
No se mueve,
no respira
-me faltó
el crayón celeste,
brillantina y el oleaje
de las aguas-,
está frío
y en un rato
se habrá hinchado.
No le pude
abrir los ojos.
Perdón,
papá.

Ropa sucia

No fueron estallidos.

Fue una voz / que habló

y dijo

vayan a correr.

Traduzco mal:

ni habló

ni usó

palabras.

Soy yo quien no permite

el paso del caballo,

de los perros,

la sonrisa de la llama

de pestañas suaves.

El sol es un esclavo

en mis manos tensas.

La piel no tiene miedo,

otra vez

soy yo.

La mancha se agiganta,

arde,

no me cubre.

Ni el sentido

se me escapa.

Una gota

de sudor

suplica.

¿A quién? ¿al aire?

Que sea,

amor o insolación,

que vayan

todos a correr.

Levanten polvo,

piedras,

flores,

fiebres,

tierra nueva.

Y traigan agua

del estanque

en donde alguien

escondió

mi ropa sucia.

Curriculum vitae

Siempre la noche.

Y nunca el día.

Ingeborg Bachmann

Aún era de día
en la oficina del Rector.
¿Cuál es tu proyecto?
-preguntó-
y alguien sin mirarme
subrayó mi nombre.
La luz que se filtraba se quedó en mis manos.
Quise desplegar un mapa
frente al ojo del destino,
danzar los pasos de ballet
rodeando el escritorio,
pintar las flores que me gustan,
acomodar la silla
y el mechón de pelo.
Pensé en hablar un poco de mis gatos
y mis hijas,
de la perra Barbie
que se llama así porque es barbuda,
¡decirles que planeo reparar el termotanque!
Sentí la tentación de ser concreta
pero ahh,
la puerta estaba abierta
todavía,
el viento me llegó a la espalda.
Giré,
volví a girar,

a todos los presentes saludé con reverencias

y salí corriendo

hacia la noche que otra vez nacía.

Invierno

Levanto la persiana.

Escribo en el cuaderno azul

con luz de día

palabras que no llegan

a cubrirme.

Es otoño. Tengo frío.

Anuncian lluvias para el martes.

En la pantalla,

leo versos del poeta palestino

Zakaria Mohammed

que confirman el inicio del invierno.

El amor es una hormiga

sobre una rama.

La rama está en la mano de un niño.

Mis dedos tocan

el papel,

se aferran

al renglón vacío.

Incesantemente

él voltea la rama.

La hormiga no tiene

esperanza de llegar.

Cierro el cuaderno.

Desactivo el celular, lo guardo

en un rincón de la cartera.

Aún me queda

la mañana por delante.

El Loco

No suelo consultar
acerca del amor, pero esta vez
saqué una carta.

Salió invertida.

Un Arcano Mayor, El Loco,
de cabeza.

Ausencia

nulidad

descuido

negligencia,

dice Vera Luna

que esto significa.

Ella es mi maestra
en el arte del Tarot.

Sí,

ya sé lo que pensás,

siempre

estoy con algo raro.

Me aburre

el mundo tal cual es.

Entonces,

me pongo la campera roja

y empiezo a caminar

por una calle

infinita de mi barrio

para olvidar la pena

de la carta invertida.

Veredas

de amores contrariados,

puertas que se abren a destiempo.

Un hombre

sale

a sacar la basura.

Son las 12 y 30.

Me mira.

Lo veo reflejado

en el charco que voy a pisar.

El cuerpo al revés,

la cara del loco.

Gracia

Hace frío
y mi madre está muy lejos.
Ahora puedo
pedirle que regrese
aunque sea de visita.
Hundida en el sofá,
enciendo la tv.
Es grande la pantalla,
los ojos de mi madre
vuelven.
Ella mira la novela mientras teje
bufandas a sus nietas.
Una lila, la otra rosa,
los nombres bordados
en punto de cruz.
Después, sin consultarme,
apaga la tv y sube
el volumen de la radio.
Se agitan las paredes de la sala,
el frío se amortigua en el temblor.
El ruido nos encanta,
en eso coincidimos,
ambas escapamos del silencio
sin hablar.
-Si me sobra algo de lana
tejo una bufanda para vos,
me dice cuando sale
en medio de la noche.
Abre cada puerta

y no cierra.

Las estrellas tienen frío

igual que yo,

la luna llena en Capricornio

es un disco de Sinatra.

Mi madre va girando con el viento,

la música pegada a su vestido.

Qué gracia tiene

para bailar.

Quema

No importa
si la flor no crece
y si el pasto es agrio
busco otro.
Hay tallos cortados y liebres enteras.
Un ciervo
se parece a un árbol,
los sapos
salpican mis pies.
Me duelen las rodillas cuando pego el salto,
es que el cielo me gusta
me gusta,
soy poeta.
También la tierra, eh.
Hay días que descanso mucho,
noches en que escribo como bestia,
huelo las pezuñas que se acercan
y babeo recordando:
cuando quema el sol
soy un animal.

Magnolias

La tarde me suelta
las cintas del pelo.
Qué pronto oscurece.

Camino despacio,
se mojan mis botas.
No voy a llorar.

Ahuyento el perfume
que insiste en seguirme.
Le digo que no.

Sola estoy llegando a tiempo.
Pero cuánto duele.

El barro es amigo.
Se queda en las uñas
dormido en los dedos.

Él trae un ramito de flores
demasiado grande.
No es para mí.

Está pegoteada
la cara del viento.
Llueve todavía.

¿Y qué pensarán las magnolias
de mi tristeza?



Silvia Rodríguez Ares nació en Mar del Plata; reside en Buenos Aires, en el barrio de Almagro. Cursó la carrera de Letras en la UBA y obtuvo los títulos de Licenciada y Profesora. Se desempeña como docente de Lengua y Literatura en escuelas públicas de Enseñanza Media en CABA. Sus cuentos y poemas han sido publicados en diversos medios gráficos, en espacios virtuales y en antologías. En 2014, su poema “Casuarinas” obtuvo el 2do premio en el Concurso Literario de UDA.

Ha publicado tres libros de poesía: *Cristales de la noche* (Ediciones Muestrario, 2010), *Mujeres que se van* (Sello Editorial El Ojo del Mármol, 2017) y *Padre pez* (Ediciones en Danza, 2018).

